

**Isaac Rosa**

Feliz final



Esta novela reconstruye un gran amor empezando por su final, la historia de una pareja que, como tantas, se enamoró, vivió una ilusión, tuvo hijos y peleó contra todo —contra ellos mismos y contra los elementos: la incertidumbre, la precariedad, los celos—, luchó para no rendirse, y cayó varias veces.

Cuando el amor se acaba, surgen las preguntas: ¿dónde se torció todo?, ¿cómo hemos acabado así? Todo amor es un relato en disputa, y los protagonistas de este cruzan sus voces, confrontan sus recuerdos, discrepan en las causas, intentan acercarse. Feliz final es una autopsia implacable de sus deseos, expectativas y errores, donde afloran rencores sedimentados, mentiras y desencuentros, pero también muchos momentos felices.

Isaac Rosa aborda en esta novela un tema universal, el amor, desde los muchos condicionantes que hoy lo dificultan: la precariedad y la incertidumbre, la insatisfacción vital, las interferencias del deseo, el imaginario del amor en la ficción...

Porque es posible que el amor, tal y como nos lo contaron, sea un lujo que no siempre podemos permitirnos.

*Para Marta.*

Ya hemos gastado las palabras en la calle,  
amor mío,  
y lo que nos ha quedado no basta  
para alejar el frío de cuatro paredes.

EUGÉNIO DE ANDRADE

## EPÍLOGO

Nosotros íbamos a envejecer juntos. Lo digo en voz alta por escucharme, y compruebo lo melodramático que suena: nosotros íbamos a envejecer juntos. Lo repito con más fuerza, buscando el eco en el dormitorio vacío, exclamatorio: ¡nosotros íbamos a envejecer juntos! Pruebo a decirlo sonriendo, como un vendedor telefónico: nosotros íbamos a envejecer juntos. Nada. Sigue sonando aparatoso. Ahora engolando la voz, rodilla en tierra, calavera en mano, pausas dramáticas: Nosotros. Íbamos. A envejecer. Juntos. Abro los brazos para llenar pulmones de tenor, la orquesta se eleva, el público se estremece, tintinea la gran lámpara sobre la platea: nosotrosoooooooooos íbamos a envejecer juuunooooooooooooos. Caigo muerto en el escenario, baja el telón, aplausos, hipidos. Lo tecleo en el teléfono, en varios intentos: Nosotros íbam, y borro. Nosotros íbamos a env, y borro todo. Nosotros íbamos a envejecer juntos. Tras observar unos segundos las palabras, que hasta en la pantalla fosforita resultan grandilocuentes, las borro de nuevo, bloqueo el teléfono, paseo hasta el salón, me siento en el sofá cojo, único mueble que queda en todo el piso. Doy unos botes en el asiento, lo hago taconear en el parqué. Nuevo intento: Nosotros íbamos a envejecer juntos. Leo, releo. Busco en la libreta de contactos, selecciono tu nombre, que sigue siendo el primero, aquel al que llamarían los servicios de emergencia en caso de encontrarme muerto. Una última revisión del texto y por fin hago clic en Enviar. Ahí va. Por el piso vacío mi cuerpo esquivo los muebles que ya no están.

En las paredes, el cerco polvoriento dejado por estanterías y armarios, fotografías y carteles que sigo viendo en cada escarpia. Por toda la casa identifico manchas, trazos de rotulador infantil, arañazos en la madera del suelo, huellas negras alrededor de los interruptores, un pomo destrozado a martillazos para abrir una puerta atrancada. Podría fechar y describir cada marca de vida. Te reías de mí cuando las llamaba así: marcas de vida. Fantasmas que desaparecerán bajo la brocha y el estropajo del próximo inquilino. En el dormitorio, por ejemplo, sobre el rectángulo descolorido que dejó el cabecero, a la derecha pueden ustedes contemplar una enigmática cara de Bélmez: el sello dejado por una década de tus pies apoyados en la pared, cuando al acostarte ponías las piernas en alto unos minutos para mejorar la circulación. En el marco de una puerta, la escala de las niñas al crecer. La recorro con los dedos como un piano, acaricio cada muesca y leo la fecha y las iniciales. Las acaricio y leo, aunque al hacerlo no puedo dejar de pensar que es un fácil cliché sentimental del que siempre me he burlado, pero ahora mismo no se me ocurre otra forma de subrayar la tristeza, rozando con emoción un marco de puerta pintarrajeado. Porque aunque no te lo creas, aunque haya empezado haciendo el payaso en el dormitorio vacío, estoy triste. Y algo más que triste. Por eso te he enviado el mensaje, por eso me sobresalto cuando oigo la campanilla que avisa de tu respuesta, que leo con impaciencia aunque me temo que llega tarde, muy tarde.

*Claro que llega tarde. Me lo podías haber enviado ayer. Estuve pendiente del teléfono hasta el mismo momento de abrir la puerta a los cuatro hombres que vaciaron el piso en pocas horas, con diligencia de termitas. Te-*

nías que haberlos visto. Empaquetaron los libros, colgaron la ropa en armarios de cartón, vaciaron los cajones, moviéndose fantasmales a mi alrededor como si no me vieran. Desmontaron en minutos la litera de las niñas que tanto te costó levantar en su día. Bajaban los tres pisos a la carrera, como ladrones, escalera abajo con colchones, nevera, lavadora. Envolvieron uno a uno platos y vasos, encajaron ollas y fuentes como matrioskas. Enrollaron la alfombra, descolgaron y protegieron láminas y fotos. Qué más. Desatornillaron cada lámpara en el mismo tiempo que tardas en pronunciar esta frase. Apilaron sillas, hicieron rodar la vieja bobina que usábamos como mesa. Cargaron en el ascensor torres de cajas, burlando al portero, que ya sabes que monta bronca. Yo los veía desde la ventana como una película acelerada, charlotescos, mientras cuadraban muebles y cajas en el camión que pensaba demasiado pequeño para acoger una casa entera, trece años de acumulación. Pero todavía les sobró sitio para rescatar del trastero sacos de ropa de invierno, tres bicicletas, la cuna vieja que no sé para qué me llevo. En cinco horas no quedó nada. Bueno, el sofá cojo. Como un vendaval que abre de golpe las ventanas y forma en el salón un re-

*molino donde giran muebles y libros y ropa revoleada antes de desaparecer por la terraza y ascender al cielo. O como una avalancha: tú preferirías la imagen del corrimiento de tierra, la lengua de lodo que desciende lenta la montaña, revienta puertas, arrumba los muebles contra la última pared antes de tumbarla. Cómo nos gustan las metáforas, qué necesidad, qué jodida necesidad siempre de encontrar metáforas catastróficas para todo lo que nos pasa, para una simple mudanza, una separación como tantas separaciones, un amor que se acabó y ya. Después de cinco horas no quedó en el piso más que embalaje roto, tornillos sueltos, un perchero de pared olvidado, el sofá. Y mierda, mucha mierda. No te haces idea de la mierda que se acumula en años pese a la limpieza semanal. Cada mueble retirado destapó extravíos que en su día dimos por perdidos y olvidamos: un pendiente sin pareja, lápices, fichas de juegos, dibujos de las niñas, la llave que nos costó aquella discusión y nos obligó a cambiar la cerradura. Pero también trozos de pan, de galleta, de fruta momificada. Recortes de papel, cucarachas y polillas descompuestas. Y pelusas, abisales pelusas engordadas por varias temporadas de pelo muerto, escamas,*



*ñas, costras de heridas, pellejos al final de cada verano, y que ahora habrá que reponer en otra casa, la casa a la que se dirigió el camión cuando encajaron la última lámpara. Vayan ustedes, que yo voy en seguida, les dije, y subí al piso por última vez. Y en ese momento, mientras recorría las habitaciones vacías, miré el teléfono, por si había un mensaje urgente, al límite, última hora, se suspende la ejecución, aborten la misión, detengan ese camión, esperen, vuelvan a sacar todo y a poner cada cosa en su sitio, falsa alarma. Pero no.*

No, no te envié ayer el mensaje, que sí estuve a punto de mandarte la semana pasada, aquella tarde en que recogí en cajas de cartón mendigadas por los comercios del barrio todo lo delicado y personal que no queríamos dejar en manos de la empresa de mudanzas. Lo embalé todo junto, a la espera de un día futuro en que no nos duela tanto y podamos repartirlo: adornos de los estantes, manualidades escolares, cajitas con dientes de leche y cordones umbilicales, el Predictor de Ana, un casquillo de bala oxidado, botellas de vino que esperaban una gran ocasión, juguetes eróticos al fondo de un cajón. El *cuornuciello*, el cuerno de la suerte que trajimos de Nápoles. Un tarjetón hotelero de No Molestar. El programa amarillento de un congreso de hace trece años. Fotos, muchas fotos enmarcadas y repartidas por toda la casa. Fotos de nosotros dos en distintas edades, fotos de bodas, de nuestras hijas recién nacidas, en cumpleaños y vacaciones. El retrato ocre de un joven

con traje cruzado, pelo brillante y mirada de muerto prematuro. Los cuadernos de las niñas, la crónica de sus vidas desde el nacimiento y que en adelante seguiré escribiendo yo solo. Y documentación, el desbordado archivo casero de facturas, contratos, historiales médicos, declaraciones de la renta que también nos cuentan. Una caja tuya que no quise ni abrir: una caja de zapatos llena de cartas manuscritas y que podríamos enviar directamente al Museo de las Relaciones Rotas para que las enmarquen y así las lean y fotografíen turistas conmovidos o irónicos, junto a toda esa morralla sentimental que nunca sabemos tirar: postales, planos de ciudades, entradas de conciertos, regalos mellados del día del padre y de la madre, velas usadas de aniversario, flores secas, piedras y conchas de playa. Todo ese botín doméstico que una familia atesora en más de una década. Todo ese ajuar que en el momento de la emigración, la muerte de un ser querido o, como ahora, la separación, estamos obligados a contemplar con aflicción para revivir cada episodio asociado a cada pieza. Hasta hay quien escribe una novela a partir de ese instante tembloroso de abrir la caja de los recuerdos familiares. Malas novelas. Toda esa quincalla que un día los hijos huérfanos, los policías que desahucian, los allanadores, los equipos de rescate tras una explosión de gas, los traperos que compran al peso, o nosotros mismos dentro de unos meses, acabaremos por vaciar en un contenedor y fin.

*A punto estuve yo de tirarlo todo días antes de tu recogida sentimental, cuando hice mi propia redada sin tantos miramientos: seis sacos de basura llenos de todo lo que fui cosechando habitación por habitación y que no estaba dispuesta a llevarme a un piso más pe-*

queño. Allí me planté, en el Punto Limpio, todo separado con civismo nórdico: el papel por un lado, todas esas revistas que guardabas de hace años porque salía un artículo tuyo. Cuentos infantiles desencuadernados, recetas de cocina recortadas. Un temario completo de mi oposición, cuadernos escolares y fichas de actividad acumuladas desde la guardería, qué manía de no tirar nunca nada. Más papel: planos, diseños de reforma de la casa que ya no será. Una carpeta con decenas de etiquetas de vino que durante años despegamos y guardamos y que iban a empapelar las paredes de un sótano bodega. Tu enciclopedia, esa de quince volúmenes que arrastraste desde casa de tu ex y nunca te he visto abrir. Y una docena de cuadernos Moleskine; lo siento pero los tiré todos sin consultarte. Los encontré en un mal momento y no me vi dispuesta a pasarme meses releyéndolos entre lágrimas como una idiota. En otro saco metí el plástico: juguetes rotos, utensilios desgastados, la vajilla del camping, aunque ahora que lo pienso igual tú la querías, que los padres divorciados son muy de ir de camping los primeros años. Al contenedor verde, el vidrio: frascos cosméticos, cervezas extranjeras que siempre guardabas de viajes, esa botella

de licor que llevaba seis años esperando reencarnarse en original lámpara. Botes llenos de sal coloreada, de arena de playa, de experimentos de ciencias naturales, de materia indistinguible y descompuesta, de mierda. Todo lo vacié y lo embolsé a espaldas de nuestras dos hijas Diógenes, mientras merendaban contigo llené otro saco con toda la obsolescencia tecnológica que encontré en los cajones. Todavía me llegaron las fuerzas para reventar el contenedor de textil con más de la mitad de lo que había en los armarios, que hay que aprovechar el cambio de casa y de vida para hacer limpieza. Tirar ropa vieja es una forma barata de exorcizar el pasado, lo leí en alguna web tonta de consejos para el duelo, y de buena gana habría hecho una hoguera en el patio. Habría seguido llenando bolsas y haciendo viajes al Punto Limpio hasta dejar el piso vacío y hacer innecesaria la mudanza. Me daban ganas de liquidarlo todo, arrastrar a mi paso y sin sentimentalismo cajones volcados, baldas de libros vaciadas a manotazos, altillos atestados, muebles que perderán tuercas en el traslado y no sabré montar otra vez, alfombras raídas, lámparas llenas de insectos muertos, colchones, puertas, ventanas, la casa entera metida a presión

*en un gran saco y arrastrada al Puto Punto Limpio, para al final quedarme yo sola en un vacío de viñeta de cómic. Mi ánimo era tan de mierda en ese momento que me habría metido yo misma en una bolsa amarilla, y tras cerrarla con doble nudo me habría tumbado en el portal: una Houdini medio asfixiada, hasta oír el camión de la basura y entonces contener la respiración para que entre dos operarios quejumbrosos me levantasen y lanzasen a la trituradora.*

De tu razia recicladora salvé lo poco que me llevé yo una tarde previa, cuando me presenté en la que todavía consideraba mi casa: hola, vengo a por mis cosas. Coge lo que quieras, me soltaste con mala cara, coge lo que quieras y ni me preguntes. Yo te dije que me iba a llevar muy poco, que en casa de mi madre no hay apenas espacio, y que además prefería que los bienes comunes los conservases tú en el piso que será hogar de nuestras hijas. Todo es para ellas, te dije, y tú me miraste con ese apretar de labios tan tuyo, que me imagino estabas conteniéndote para no soltarme sarcástica: ¿todo para ellas?, oh, gracias, el gran patrimonio familiar, muebles de IKEA, electrodomésticos boqueantes, libros de bolsillo, menaje barato, todo para ellas, gracias. Te fuiste con las niñas al parque y yo me quedé recogiendo mis cosas, y créeme que lo pasé mal. Aunque al contarlo ahora suene ridículo, y dentro de unos meses seré capaz de reírme al recordarlo, hubo varios momentos en que lloré. No lo digo para despertar tu compasión, de verdad lloré. Cuando hojeé los cuadernos que luego acabarías tirando. Cuando al escarbar en un altillo apareció

tu pantalón de embarazada. Cuando tras los calcetines salió el álbum de nuestra boda clandestina.

*Te brillaban los ojos cuando llegué, sí. Pero pensé que era cuento, porque te había visto desde la calle: recortado contra la luz interior, asomado a la ventana pendiente de mi regreso; y en cambio al verme entrar te hiciste el sorprendido, congelado en la que estoy segura de que era una pose estudiada: de pie en el salón, frente a una estantería, con una foto enmarcada en las manos y cara de perro abandonado. Qué imbécil, pensé. Cuando vi tus dos maletas, las bolsas del Carrefour y el carro de la compra, me alegré de haber dejado a las niñas con mi madre. Así se ahorran la imagen patética de su padre arrastrando un carrito y unas bolsas del Carrefour camino del metro. Perdona, me dijiste, estoy terminando de recoger, no sé si esta foto la quieres o me la llevo. Yo ni miré la foto: puedes llevártela, todo lo que quieras. Entonces te dejaste caer en el sofá, en el extremo que se vencía por la pata rota. Llévate también el sofá, te dije, yo lo voy a tirar. Por qué lo vas a tirar, me preguntaste. Porque está roto. Ya lo sé, sonreíste, y lo volviste a hacer cojear dando saltitos en el asiento: no lo tires, yo me lo*

*quedo, guárdamelo y en cuanto pueda me lo llevo. Después diste unos golpecitos con la mano en el asiento: anda, ven, siéntate un momento conmigo. Yo negué con la cabeza, tú insististe: venga, que quizás es la última vez que podemos sentarnos aquí, por favor. Y por no oírte más y para que te fueses cuanto antes, resoplé y me senté en el otro extremo del sofá, que cabeceó como un balancín. Te arrimaste y me preguntaste en voz baja: ¿puedo abrazarte? Como no respondí, lo tomaste por silencio administrativo y me pasaste el brazo por la espalda.*

No nos habíamos vuelto a sentar en ese sofá desde hacía diez días: la mañana en que aprovechamos que las niñas estaban en el colegio, tú te pediste el día libre, y nos propusimos hablar sin prisa de todo lo pendiente. Ahí estábamos los dos, a las nueve y media de la mañana de un viernes de noviembre, sentados en el sofá cojo, envueltos en un silencio mohoso, de sala de espera. De sala de espera de un juzgado, bromeé yo, y me mandaste a la mierda, quizás no estuve muy afortunado convocando el recuerdo de una sala de espera, esa sí judicial, de muchos años atrás. Pero tenía sentido esa mención, porque precisamente estábamos ahí sentados para entendernos, no hacernos daño, conseguir un buen acuerdo, unos mínimos, y evitar que todo se torciese y pudriese y acabásemos dentro de unos meses sentados en silencio y desolados y furiosos en la sala de espera de un juzgado de familia, acompañados por abogados y procuradores con togas sobadas. Esa mañana em-